

VALERA, LUCA

Espejos. Filosofía y nuevas tecnologías

Herder, Barcelona, 2022.

Cristián Borgoño¹

El libro de Luca Valera destaca por dos cualidades fundamentales, en primer lugar, un profundo conocimiento de la reflexión filosófica contemporánea sobre la tecnología, con todos sus matices y diferencias. El autor hace gala de un dominio poco usual en esta área de conocimiento, particularmente en lengua española. En efecto, Valera se pasea por la bibliografía más reciente en inglés como por el jardín de su casa. Este hecho hace del libro una valiosa introducción a los debates más recientes que se actualizan prácticamente en tiempo real. En segundo lugar, el libro proporciona una propuesta de análisis filosófico sistemático del fenómeno de la técnica moderna a partir de una metáfora sugerente, como es la del espejo, que le permite al autor organizar un poliédrico análisis de la tecnología ejemplificándolas con la técnica contemporánea y organizándolas según las funciones de un espejo: duplicar, transparentar, modificar, acercar y reflejar. Esta segunda cualidad da al libro una unidad poco frecuente en los textos de la disciplina y será el hilo conductor de la sintética presentación del contenido del libro que haremos a continuación. Más que ahorrar a los lectores la invaluable experiencia de leer este texto, lo que pretendo hacer es un recorrido que permita destacar tanto la unidad del texto como sus contenidos más relevantes y dignos de profundización.

Para ilustrarnos la función de reflejar del espejo, Valera dirige su mirada a la clonación y el avatar, mostrando como el espejo no genera (puesto que la generación implica, de suyo, novedad) sino que produce; es más, como el espejo (re)produce, es decir, no puede sino partir de la mimesis de algo existente. En el fondo, la clonación es la negación misma de la apertura de la generación a la novedad, en parte porque es incapaz de hacer otra cosa, en parte porque lo que se desea es lo dado. Como decimos popularmente: más vale viejo conocido. La clonación es la negación de la innovación intrínsecamente asociada a la reproducción sexual y, por ello, una profunda negación de la lógica de la generación humana, que es suplantada por un producto tecnológico. Por su parte, en la reflexión sobre el avatar Valera vuelve a la carga sobre las necesarias distinciones entre el original y la copia, entre la imagen del espejo y el sujeto que la genera, anulando toda pretensión de identidad por más que subsista un deseo de desaparecer en la imagen (Cf. La película *The Lawnmower Man*, en español, *El Hombre del Jardín*). En el fondo, como señala el autor con particular acierto: “la persona no se puede copiar, el individuo, sí” (p. 89). Al mismo tiempo, el autor muestra como esta distinción pone en evidencia que la persona es a la vez sustancia y relación, siendo lo primero aquello que es incommunicable, mientras la relacionalidad será siempre un accidente en estas instancias de generación tecnológica, precisamente en cuanto están a disposición de la misma técnica.

A la función de transparentar del espejo corresponde para Valera la capacidad de la tecnología de reflejar la actividad humana, proporcionando infinidad de datos sobre ella; datos que saturan nuestra capacidad sensorial y nos hacen vivir siempre en la superficie de los fenómenos. Vuelve aquí el tema de la supraliminalidad de la técnica moderna, destacado por Günther Anders. No sólo, esta saturación nos hace vivir en una superficie que está hecha a nuestra imagen y semejanza: los filtros que contienen los gestores de las redes sociales y los motores de búsqueda, hacen que nos introduzcamos en auténticas cámaras de eco, donde lo que se nos muestra se construye a medida de nuestra identidad. En otras palabras, no somos capaces de ver más allá del espejo o bien estamos inmersos en una casa de espejos. En otras palabras, la transparencia e hiperabundancia de la información hacen imposible la comunicación auténtica. Otra

¹ Facultad de Teología, Pontificia Universidad Católica de Chile, Centro de Bioética UC, Chile, cborgono@uc.cl

dimensión de la transparencia es la imposibilidad de salir del espejo, estamos siempre siendo objeto de una mirada tras el espejo que tiene potencialmente conocimiento total de lo que hacemos, es lo que se ha llamado sociedad de la vigilancia o capitalismo de la vigilancia, para hacer alusión al texto de Shoshana Zuboff.

La capacidad de deformación de los espejos es ampliamente conocida, todos conocemos espejos cóncavos y convexos que entregan imágenes distorsionadas, demostrando precisamente la capacidad de torcer la luz a nuestro antojo (a veces nos juegan una mala pasada, como los espejos retrovisores de los automóviles). Cuando esta deformación es voluntaria, lo que buscamos normalmente es mejorar respecto a lo que somos realmente. El mejorar forma parte de nuestro dinamismo interno, de las motivaciones profundas de nuestro obrar. Pero lo que se puede lograr por la *praxis* es ahora alcanzable para la *poiesis*: esta es la esencia del doping deportivo, por ejemplo. La transformación, como la del espejo, es meramente exterior; es una transmutación de la corporeidad, pero no de la persona, salvo por su relación con el cuerpo. Precisamente al tocar el cuerpo, la deformación de estas tecnologías es permanente y no temporal como la del espejo. Pero más problemático aún es la naturaleza heterónoma de esa perfección, que de autonomía sólo tiene la posibilidad de moverse hacia ella, pero no la capacidad de diseñarla. Se nos ofrecen más bien productos que trayectorias de perfección, es decir, procesos que nos perfeccionan en el hacerse y no sólo en el resultado, como toda actividad práctica. El cuerpo se transforma en un proyecto a producir con la tecnología, no con la agencia libre. En ese sentido, Valera muestra con claridad que el ideal tecnológico de perfección es extrínseco y por ello, inevitablemente contradictorio en cuanto ateológico, esto es, no correspondiente a un dinamismo interno de quien se transforma. Peor todavía, son modelos de perfección globalizados, es decir, uniformes y elitistas, poco respetuosos de la diversidad, más allá de los ideales que definen las élites. Y, al mismo tiempo, variables, en cuanto sometidas a las veleidades de las élites de turno. No dejan salir a flote la exigencia de autenticidad de cada ser humano y la sustituyen por la de conformidad. ¿En ese contexto, tiene sentido seguir buscando la perfección? Parece ser que la única perfección que vale la pena alcanzar es aquella propia del *telos* de cada persona, mas no aquella impuesta desde fuera por la sociedad, por mucho que pueda ser un objeto de deseo.

Pasando a la función de acercar, Valera nos recuerda que los espejos pueden también acercarnos, ayudarnos a vernos mejor. El problema es cuando nos acercan tanto que ponen en evidencia nuestros límites. Los robots producen este efecto, nos gusta que se parezcan a nosotros, pero si se parecen demasiado nos resultan repulsivos. Su similitud, unida a la intrínseca capacidad de mejora del artefacto, nos hace temer la obsolescencia. Permanecen como cosas distantes. La tecnología nos acerca ideales de perfección previamente inalcanzables. En otras palabras, nos dan la ilusión de fundirnos con la tecnología, cuando en realidad nos separa de ella un abismo insuperable.

Reflejar y reflexionar es la última acción que Valera analiza para concluir su metáfora del espejo y también para dar un cierre especulativo al texto. La metáfora se construye a partir de nuestra inmersión en esta casa de los espejos que es el mundo tecnológico: la tecnosfera. La idea de que el lugar determina nuestro ser (la topología determina la ontología) sirve a Valera para desarrollar la idea de la interconexión entre el ser humano y los artefactos, a la manera de la conexión entre el ser humano y el ambiente. De esa manera, dando un paso más, el conocimiento de la máquina es el conocimiento del ser humano y viceversa. Sin embargo, en esta confrontación, el ser humano queda mal parado porque resulta obsoleto, mientras los artefactos mejoran continuamente, el ser humano está atado a la invariabilidad o a lenta variabilidad de su corporeidad. Es más, a la desechabilidad de los artefactos, fruto de la obsolescencia programada, sigue necesariamente la desechabilidad de los seres humanos, incapaces de esa perfección que desean alcanzar, pero que termina por ser su tumba debido a que es un blanco siempre en movimiento. La persistencia de lo desechado, que, como dice Winner, siempre termina en algún lado, es quizás nuestro mejor recordatorio de que otro camino es posible al de reemplazar lo natural por lo artificial, que comienza por nuestros cuerpos, pero termina inevitablemente queriendo abarcarlo todo.

Para concluir, quisiera describir dos ámbitos para los que el libro de Luca Valera constituye un valioso aporte. En primer lugar, para la bioética, disciplina de la que el autor es un eximio cultor. A la bioética le ha faltado una reflexión más profunda sobre la técnica moderna. Cuando Potter, autor bien conocido por Valera, vio el peligro del divorcio entre la ciencia y las humanidades no profundizó en el rol de la técnica moderna en la destrucción del ambiente. Tampoco el filón más tradicional de la bioética ha profundizado en la naturaleza de la técnica moderna como marco general donde se insertan las biotecnologías que la bioética contemporánea tan minuciosamente analiza. La excepción que confirma la regla es quizás Gilbert Hottois, que desarrolla las intuiciones heideggerianas y las aplica a la bioética (Cf. *El paradigma bioético*). En ese sentido, el texto de Valera proporciona el telón de fondo necesario para la reflexión bioética, un aporte que espero sea recibido y profundizado por los colegas de la disciplina.

En segundo lugar, y por las mismas razones, este texto es un aporte para el desarrollo de una teología de la tecnología, tarea pendiente aún ya bien entrado el siglo XXI. En efecto, esta teología no puede sino desarrollarse en diálogo con la reflexión filosófica de la que el texto de Valera es un muy buen exponente. De otro modo se corre el riesgo de abrazar acríticamente visiones tecnofílicas o tecnofóbicas como lo demuestra el oscilante debate teológico sobre algunas aplicaciones de la técnica moderna y sobre el mismo fenómeno técnico en general. Para poder desarrollar una teología de la técnica (o de la tecnología), profunda y equilibrada se requiere del valioso aporte de la reflexión filosófica, por lo que no podemos sino estar agradecidos de este esfuerzo que Luca Valera pone a nuestra disposición.